

Cántico por Miller, o Cómo me encontré con San Leibowitz y la Mujer del Caballo Salvaje pero no con Walter M. Miller Jr.

Terry Bisson

Soy un escritor de ciencia ficción, ocupación desafortunada si las hay. En noviembre de 1995 me llamó Don Congdon, un agente literario cuya reputación conocía pero con el que nunca había tenido contacto. Congdon es un jugador. Representa, entre otros, a William Styron y a Ray Bradbury. Me preguntó si había escuchado alguna vez sobre un libro llamado *Cántico a San Leibowitz*. Le dije que sí. ¿Quién no? *Cántico* es uno de los pocos libros de ciencia ficción que no sólo es conocido sino también leído fuera del campo (a diferencia de, digamos, *Dune* o *Forastero en tierra extraña*, que ofrecen sus virtudes sólo a aquellos que ya están a tono con el género). Novela de angustia nuclear escrita en los '50, cuenta la historia de una orden de monjes del Sudoeste de los Estados Unidos y sus esfuerzos para mantener el conocimiento científico vivo en la nueva Edad Oscura, posterior al 'Diluvio de Fuego' o guerra nuclear. La Abadía de Leibowitz y el vecino pueblo de Sanly Bowitz son denominados así luego de que un científico de Los Álamos se convierta en monje, sea martirizado por la turba y --sólo tal vez-- sea un santo. Leibowitz era judío, la ironía del título.

La primera gran novela de CF de temática postholocausto es una combinación de tres novelas cortas relacionadas que cubren alrededor de dos mil años, durante los cuales la ciencia renace y destruye la civilización una vez más. "Fue un buen año para los buitres", es el refrán preferido de Miller. Para decirlo con suavidad, descrea del Progreso.

Desde su publicación en 1959, *Cántico* siempre ha estado en el catálogo de alguna editorial, vendiendo millones de ejemplares. Regularmente aparece en las listas de lecturas de las escuelas medias y superiores. Incluso en las escuelas católicas.

Don Congdon me dijo que el autor de *Cántico*, Walter M. Miller, Jr., su cliente, trabajó en una escuela durante seis o siete años, pero se 'dio contra

una pared de piedra'. Miller tenía cerca de setenta años. Su salud era mala desde hacía años, y sufría de una grave depresión. Congdon le sugirió contratar a un escritor para ayudarlo a terminar el libro y Miller estuvo de acuerdo. Me preguntó si no me gustaría echarle una mirada al manuscrito. Le dije que sí. Pensé, mierda, por supuesto que sí.

Como millones, leí, amé y jamás olvidé *Cántico por San Leibowitz*. Más aún: buscaba trabajo. La mitad de mi vida me la gano haciendo **hack work** para editoriales de Nueva York: edito, trabajo como escritor fantasma, hago novelizaciones, libros juveniles, revisiones, etc. En parte es interesante (*Car Talk with Click and Clack*), parte deprimente (aquí no doy nombres). Mi última novela, *Pirates of the Universe*, tuvo buena crítica, pero no hizo mucho dinero. Tenía hasta el tope mis cinco tarjetas de crédito, la línea plástica de la vida de un escritor independiente. Comprendan esto, mi buena amiga (y editora) Alice Turner de Playboy me propuso un trabajo, entonces Congdon me contó de los problemas de Miller durante uno de sus largos, elegantes y literarios almuerzos.

Llamé a Alice para agradecerle, y a la mañana siguiente me fui a la oficina de Congdon en la Quinta Avenida para recoger el manuscrito. Esperaba un desquicio. La continuación incompleta, a menudo incompletable, de un bestseller reconocido es un segundo acto triste pero común en la literatura norteamericana del siglo veinte. ¿Recuerdan la secuela de *El hombre invisible*? ¿O de *Call it sleep*? ¿O de *Lo que el viento se llevó*? Yo no.

Congdon me dio una caja que pesaba más que un perro pequeño. La llevé a casa antes de abrirla. ¡El manuscrito en su interior tenía casi 600 páginas! He sido escritor lo suficiente como para saber lo que significa no poder desprenderse de un libro. Miller describió a Congdon su legado como 'intentar escupir a través de una pantalla'. Yo esperaba, como dije, un desquicio. Leí toda la tarde y la mayor parte de la noche. Terminé el libro a las diez de la mañana. Era brillante. Era maravilloso. Era casi perfecto. No había una línea o una palabra fuera de lugar. No era un tosco borrador o un conjunto de fragmentos, sino una obra maestra sin costuras, exótica e increíblemente rica que funcionaba con seguridad, elegancia y brillantes a lo largo de 592 páginas. Y entonces se detenía.

Incluso tenía título: *San Leibowitz y la Mujer del Caballo Salvaje*. La historia toma lugar en forma paralela a la segunda novela corta de *Cántico*, el siglo XXXIV. Es contada desde el punto de vista de un monje de Leibowitz, Dientesnegros, y tiene que ver con la lucha entre la Iglesia en Denver y un nuevo imperio, rudo y violento, en Texarkana. En medio de esta lucha están los 'espectros' que viven en las colinas, y los nómades a caballo. Las armas acaban de ser reinventadas, y Dientesnegros viaja con un cardenal secular llamado Caballitomarrón quien secretamente está armando a los espectros y a los nómades para luchar junto a la Iglesia. Para complicar las cosas hay, por supuesto, una muchacha: una maravillosa, evasiva e irreverente 'fantasma' joven. Y hay más. Mucho más.

Llamé a Congdon y le dije que amaba el libro y quería el trabajo. Congdon envió mi propuesta a Miller, que contestó simplemente: "Nunca escuché nada de este tipo pero me suena bien". Antes le había dicho a Congdon que 'cualquier idiota con sentido del humor puede terminar el libro'. De todos modos, ya estaba jugando el partido.

Mientras esperábamos la aprobación de la editorial, Congdon me puso más al tanto. *San Leibowitz y la Mujer del Caballo Salvaje* fue vendida a Lou Aronica varios años antes por lo que las editoriales cortésmente llaman 'un número mediano de seis cifras'. Aronica hacía mucho que se había ido, primero a Berkley y luego a Avon, y necesitábamos un 'continúen' del actual líder de Bantam para terminar el proyecto. La mayor parte del dinero aún no se había pagado, y no había ninguna seguridad de que quisieran el libro después de todos estos años. Pero Congdon estaba seguro de que sería capaz de ubicarlo en algún lugar si era necesario.

Hice mis deberes para el proyecto. Comencé a tomar notas, hacer planes, prepararme para comenzar a trabajar. Releí *Cántico* y me asombré lo bien que se sostenía. Congdon y mi agente, Susan Protter, trabajaron en un contrato tentativo para saldar la deuda. Yo no tendría ningún crédito en la cubierta, pero no tenía problema con eso. La gente en el género y en el negocio sabía que yo habría hecho el trabajo. Todavía esperábamos noticias de Bantam cuando Congdon me llamó alrededor de Navidad, diciendo: "Tengo malas noticias. Ayer se mató Walter".

Me entristecí y desanimé. También estaba decepcionado. Aunque a pesar de todo conseguiría el contrato, había deseado conocer a Miller y obtener su aprobación del trabajo.

Comprensiblemente, la familia se abstuvo de ofrecer detalles de la muerte de Miller, pero gradualmente surgieron. La ironía era cortante: la tercera sección de *Cántico* es una polémica contra el suicidio. En el género hubo sentimientos contradictorios: Miller no fue una persona popular. Después de su éxito inicial se hizo de algunos enemigos, con los que se retiró de la comunidad de la CF. Tenía una personalidad irritante. También estaba malquistado con su familia. La herencia sería manejada por su nieta, que se había esforzado en conocerlo. Ella es una Arafat, educada en Texas pero con raíces en el Cercano Oriente. Este complejo legado cultural es otra ironía, tal vez apropiada para un escritor que estaba tan profundamente conflictuado sobre el catolicismo y Occidente.

Bantam finalmente dio su aprobación y comencé a trabajar. Miller había dejado claramente detallado un resumen mostrando hacia dónde quería que fuese el libro. Una parte estaba en cartas a Congdon; otra en notas a Aronica y para sí mismo, incluyendo varias escenas completas incluyendo diálogo. Escribí las últimas cien páginas del libro de acuerdo a las instrucciones de Miller. Usé cada palabra de su diálogo y descripción, incluso cuando quebraban la continuidad. Miller era grande repitiendo imágenes: buitres, mulas y un viejo cuidador de mulas, y siempre insistió en que no era un 'estilista', que no le importaba escribir como Ian Fleming. Fue un escritor cuidadoso y preciso, con

un seco sentido del humor. Porfiaba por la claridad, lo que no es lo mismo que ser directo. Me tomó un poco de tiempo entrar en su voz, pero una vez que lo hice me pareció perfectamente natural. Estaba empapado en el escenario y los personajes.

Como editor y corrector de estilo, sabía cómo salir del camino y hacer mi contribución transparente. Usualmente lo que hago es escribir peor... algo mucho más divertido que escribir mejor ¡imitando a un maestro! Estaba jugando con Michael Jordan, o al menos con Larry Bird, y como dicen en la NBA, mejoró el nivel de mi juego.

Mientras trabajaba en el libro era muy consciente de lo feliz que me sentía. La recomendación de Alice Turner me había conseguido el trabajo, y si bien definitivamente soy apropiado para él, hay varios escritores de CF que podrían haberlo hecho al menos tan bien como yo. Michael Bishop, John Kessel y Karen Joy Fowler vienen rápidamente a mi mente. Y también una multitud que lo podría haber estropeado abominablemente.

Mientras trabajaba me enamoré del libro y, curiosamente, de Miller mismo. No puedo imaginar dos escritores más distintos. Definitivamente, yo soy un estilista (al menos me gusta pensar eso) y mi ideología política es materialista, marxista y modernista. La historia de Miller es cíclica (nada consigue mejorar) y sus héroes son santos ingenuos. Espera poco de la gente y, sin embargo, la ama y la perdona, una y otra vez, porque así es el cristianismo. Supongo.

Cinco meses más tarde estaba hecho el trabajo. Lo remití, el agente y la familia me dieron su aprobación, y finalmente lo hizo Bantam. Entre tanto, mi editor, Tom Dupree, dejó la editorial (algo común en este mundo). Tuve fortuna con su reemplazante, Pat LoBrutto, que no sólo es un sólido profesional de la CF, sino un **mensch** literario, editor de Walter Tevis en Doubleday. Gracias a Pat (y Congdon), pude revisar las ediciones preliminares. Pasé unas semanas trabajando en la a menudo complicada geografía de Miller, incluyendo la locación de Nueva Roma para los mapas de la guarda.

El libro apareció en octubre. Fue y todavía es un libro enteramente de Miller. Lo que yo hice, lo hice escribiendo como él, y es, espero, transparente. Estoy feliz y orgulloso de ser parte de una historia única y exitosa con un final feliz. A diferencia de las muy aguardadas secuelas de *Ahora y siempre* (Jack Finney era otro de los clientes de Congdon) o *Call it Sleep* de Roth, *San Leibowitz y la mujer del caballo salvaje*, de Walter M. Miller Jr., es una obra maestra por derecho propio, mérito completo de su autor y de su predecesora.

Sólo nunca haber conocido al hombre con el que trabajé tanto y tan intensamente, incluso después de su muerte. Pero eso nunca estaba en las cartas. Lucius Shepard me contó una historia poco después de que consiguiera el trabajo. Cuando él vivía en el sur de Florida, Lucius recibió la carta de aficionado (¡alguien de quien nunca había sabido nada!) de Walt Miller, que vivía a unos pocos kilómetros. Elogiaba su escritura con cierta profundidad. Luego, al pie, decía: ¡Esto no quiere decir que quiera conocerte!

Buenas noches, dulce príncipe. Y gracias.

Tit. orig: A canticle for Miller; or, How I Met Saint Leibowitz and the Wild Horse

Woman but not Walter M. Miller, Jr.

© 1997 Terry Bisson

Traducido por Eduardo López